



Juan Fernando Mondragón
Compilador

Reflejos y reflexiones:

La literatura
en la educación


Editorial Dictum

Reflejos y reflexiones: la literatura en la educación

Primera edición electrónica: 2024.

D. R. © 2024, Juan Fernando Mondragón.
Berenice Romano Hurtado.
Daniel Díaz Romano.
Stephanie Rendón.
Marlee González Mendoza.
Andrea Coghi.
Yessica López Moreno.
Evelin Cruz Polo.
Rosa María Camacho Quiroz.
Oderay Fabiola Espinosa Moneti.
Enrique Ricardo Garrido Jiménez.
Gonzalo José García Torres.
Mariana Pereira de Castro.
José Antonio Hernández Servín.
Jesús Yael Tapia Villegas.
Vanessa Hernández García.
Jaqueline Hernández Carrillo.
María Vianey Romero Sánchez.

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos patrimoniales de la obra.

ISBN: 978-607-69613-5-3

Libro de acceso abierto

Hecho en México

Contenido

Reflexiones

- 9 Introducción
Juan Fernando Mondragón
- 16 Literatura y pensamiento: una sociedad basada
 en lo humano
Daniel Díaz
- 21 Yo soy los otros
Berenice Romano Hurtado
- 26 Cavilaciones adolescentes: literatura en las tierras
 del frijol y de la nieve
Stephanie Rendón
- 34 La literatura, un espacio de libertad en el ámbito
 académico
Marlee González Mendoza
- 41 Justificación y sugerencias para el fomento de
 hábitos de lectura literaria
Andrea Coghi
- 50 La literatura en la Educación Media Superior:
 una manera de tocar al mundo
Yessica López Moreno
- 57 La literatura frente al escenario de muerte
 y desaparición en México: entre la transformación
 de la escritura y la necesidad de la lectura
Evelin Cruz Polo

- 65 La literatura, eje primordial en la educación pública
Media Superior
Rosa María Camacho Quiroz
- 72 Si no leo a Shakespeare, ¿me voy a morir?
Sobre la lectura de los clásicos
Oderay Fabiola Espinosa Moneti
- 79 Verdad en literatura
José A. Hernández Servín
- 87 Contemos las historias que nos construyen
Enrique Ricardo Garrido Jiménez
- 94 Experiencias de un programa radial humanístico, cívico y cultural en una emisora comunitaria de Arjona-Bolívar (Colombia), durante 2023 y 2024
Gonzalo J. García & Mariana de Castro
- 99 De la experiencia estética en la educación pública
Juan Fernando Mondragón

**Respiraciones limitadas.
Antología de creación literaria escolar
por el cuidado del medio ambiente**

- 109 El árbol mágico
- 113 Un grito de auxilio
- 118 El Apocalipsis ambiental
- 121 ¿Sueño o realidad?
- 123 Una vida sin vida

La literatura frente al escenario de muerte y desaparición en México: entre la transformación de la escritura y la necesidad de la lectura

EVELIN CRUZ POLO

“Yo también estoy desapareciendo, Tadeo.
Y todos aquí, si tu cuerpo, si los cuerpos de los
[nuestros.
Todos aquí iremos desapareciendo si nadie nos busca,
[si nadie nos nombra.
Todos aquí iremos desapareciendo si nos quedamos
inermes sólo viéndonos entre nosotros, viendo cómo
[desaparecemos uno a uno.”

Sara Uribe

En un país en el que se ha tenido que luchar por crear una ley en materia de desapariciones, y en un continente en el que la noción de *pandemia en la sombra* ha evidenciado una problemática de dimensiones mayúsculas relacionadas con la muerte, no es ya *sintomático*, sino el resultado de un estado de emergencia que tiene como bases la violencia y la muerte. En enero de 2018 entró en vigor la primera Ley General

en materia de desapariciones en México, luego de tres años de incidencia política; mientras que en 2020 la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) trazó el feminicidio en términos de “pandemia” para destacar la gravedad de un tema que suele minimizarse u ocultarse. Naturalmente, desaparición y muerte, como expresiones de la violencia y su letalidad, poseen un arraigo que va más allá del siglo XXI; sin embargo, éste es un momento en el que, en México, se ha exacerbado a plena luz del día y ante los ojos de cualquier persona. Hechos, que encuentran un punto notable en la llamada Guerra contra el narcotráfico durante 2006, la cual supuso una fractura social de la mano de lo institucional que paulatinamente ha transformado el rostro de nuestra nación, identificada por la filósofa mexicana Sayak Valencia (2016) como narco-nación.

En este marco, el arte supone una manera de pensar la realidad mexicana a la luz de la compleja maquinaria de violencias que se ha implementado debido a la vulnerabilidad del Estado y a las múltiples formas de organización de grupos criminales. Por tanto, conviene preguntarse: ¿cuál es el lugar de la literatura en este escenario? y ¿qué importancia adquiere la lectura en nuestro tiempo convulso? A la luz de estas interrogantes, el objetivo de este texto es posicionar una reflexión respecto de las formas en que la literatura mexicana puede increpar al poder institucional, al tiempo que revelar cómo la misma cualidad contextual tiende a modular los diferentes registros de escritura, evidenciando los modos de leer la realidad, y promoviendo la necesidad de una lectura colectiva que, análoga al ejercicio de la escritura, desarrolle un espíritu crítico y ético, que idealmente tendría que empezar en las infancias y fortalecerse en las juventudes.

En consecuencia, es importante considerar que los factores de identidad más destacados de la naturaleza li-

teratura son: su cualidad de mundo “posible”, conocida como *ficción* y su naturaleza *signica*, es decir, de palabras. En función de ambas se han desatado importantes debates teóricos que la conminan a ser un tipo de discurso superfluo, ocioso y falso, mientras que otros defienden su efectividad en el mundo de los “hechos”. Sin embargo, ninguno de los anteriores, niega su poder para influir o modificar algo en el mundo verificable que habitamos. Desde una perspectiva literaria, la *Biblia* es uno de los mejores ejemplos que permite observar la efectividad de la palabra y la posibilidad de operar múltiples lecturas a un constructo narrativo, o en otras tesituras, la literatura clasificada como policiaca o la de ciencia ficción ha suscitado tan importante recepción en el siglo XX, por ejemplo, que fue considerada por muchos críticos como literatura de masas. Aunque la etiqueta solía emplearse para demeritarla, en realidad reconocía su valor para congregarse en función de intereses temáticos comunes.

En este momento del siglo XXI, cuando leemos en la nota introductoria de *Rosario Castellanos. Materia que arde*: “...nosotras queremos sumarnos a su genealogía. Es decir, a la de las escritoras que asumen la responsabilidad de narrar el mundo de otra manera” (Uribe & Gerber Bicecci, 2023, p. 8) o en la carta a la comunidad lectora de *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*: “Así creamos disonancias en quien lee. /Queremos desplazar el centro del poder. / Ponemos atención a las reconstrucciones. /Sabemos que esta no es la última palabra. /Resignificamos.” (Rea Gómez, 2020, p.15) Estamos constatando que se tiene la certeza del poder de la palabra, y qué es este sino la capacidad de cambiar un estado de cosas. Conviene pensar que el acto de la narración se convierte en una responsabilidad cuando el acto de *contar* posee una base ética. De la misma manera, resulta obligación nuestra y responsabilidad de todos y to-

das, pero sobre todo de las juventudes, preguntarse qué es la “normalidad” en un país latinoamericano, qué directrices posee la literatura que emerge de nuestras latitudes dado que hay artistas, periodísticas y activistas que están apostando porque esas “disonancias” promuevan en las y los lectores otras líneas de reflexión.

Las transformaciones que requiere “un país herido”¹ como el nuestro no surgen de la noche a la mañana y son muy complejas, sin embargo, sí empiezan en las individualidades que lo habitan y que al hacerse comunidad se convierten en una fuerza. En este sentido, habrá que reconocer que, desde el orden de la representación o los registros escriturales, la línea que divide la ficción –literatura en sentido estricto– de la no ficción –textos de tipo documental o testimonial, entre otros– se ha adelgazado tanto que bien valdría cuestionarse su existencia. Tal disolución de la frontera deriva, en gran medida, de la necesidad de hacer algo con la realidad que habitamos, por ello puede conservar la forma tradicional de la literatura o apelar a esquemas diferenciales. Ambos caminos posicionan la resignificación de situaciones que las y los escritores ofrecen a la lectura atenta de la colectividad.

Derivado de lo anterior, puede considerarse un ejemplo significativo el trabajo de Sara Uribe, de cuya literatura parecen surgir los gritos: “¡obsérvame!, ¡soy un cuerpo hecho de fragmentos de diferente naturaleza!” Ello, más que una metáfora, es la realidad material de algunos textos, como *Antígona González* (2012), que se estructura en función de discursos provenientes del drama trágico *Antígona* de

¹ Empleo el término que la escritora mexicana, ganadora del Premio Pulitzer 2024, Cristina Rivera Garza utilizó en su libro *Dolerse. Textos desde un país herido* (2011).

Sófocles, notas periodísticas, entradas de blog, trabajos de investigación relativos a la figura de Antígona en la historia de la Literatura, desde Grecia hasta Latinoamérica, así como de versiones del mismo drama que fluctúan entre el perfil filosófico y la estructura poética. Múltiples fragmentos, que no ocultan su procedencia u origen, cobran el sentido de un solo cuerpo textual. Quien se atreva a decir que la lectura de los clásicos es un ejercicio pasado de moda, que vea las noticias un momento para descubrir en ellas la vigencia de una de las tragedias más significativas de la Grecia clásica, encarnada en la tragedia mexicana o latinoamericana, la de las y los desaparecidos, la de los padres, madres, hermanos y hermanas que no pueden enterrar a sus muertos porque no saben dónde están sus cuerpos.

La pérdida de nuestros seres queridos o cercanos ha abierto una brecha en la realidad de manera que la palabra se ha apropiado de esta a través de mecanismos que ineludiblemente conducen a observar cómo el espacio representado desdobra el sentido del verbo *contar* para hacer ver tanto la necesidad de narrar como de cuantificar a los muertos y dotarles de identidad, en ello radica la responsabilidad que asumen los artistas tanto como los forenses. Habitamos un país de fosas clandestinas, cuerpos perdidos y cuerpos descubiertos pero carentes de identidad. En este tenor, la literatura mantiene una de sus funciones más valiosas, la de hacernos comprender la importancia de los actos con mayor valor simbólico en la cultura, como es el rito funerario. La problemática, de tipo moral, en *Antígona* de Sófocles era precisamente el deber del entierro por sobre todo orden institucional; mientras que, para *Antígona González* de Sara Uribe, la imposibilidad del rito funerario se debe a la ausencia del cuerpo al tiempo que revela la gran complejidad del problema:

Ellos repiten y repiten que vas a aparecer cualquier día de éstos, pero cuando callan los rasga el miedo. [...]

Reprueban que busque tu cadáver y es miedo. Ellos no quieren fotografías ni que sus nombres se publiquen y yo los entiendo porque tienen miedo.

Y yo no los entiendo porque necesito saber dónde estás.

Ellos dicen que sin cuerpo no hay delito. Yo les digo que sin cuerpo no hay remanso, no hay paz posible para este corazón.

Para ninguno. (Uribe, 2012, p. 24).

“Ellos” son la familia, la sociedad, el Estado, quienes se encuentran sitiados por el miedo y la imposibilidad de justicia. El miedo como mecanismo de territorialización, como estrategia que violenta y disloca el sentido de las categorías de vida y muerte. ¿Qué es la vida en un espacio de horror? ¿Qué es la muerte en un espacio donde la vida tiene la lógica de la pesadilla? Paulatinamente, ambas categorías se desdibujan propiciando un enfoque en el que, si la vida pierde sentido, también se anula el de la muerte. Sin embargo, la búsqueda no cesa, la esperanza tampoco, no ya de la vida, sino del cuerpo, pues cómo pensarla si la ausencia horada cada estadio de la existencia. Es esta la que permite comprender la transcendencia de esta reescritura de Antígona, a la cual subyace una expansión del duelo, de los límites de la individualidad a las múltiples personas con las que se comparte el dolor de la ausencia y el ansia de encontrar el cuerpo.

La estructura de todo el texto recupera las voces de esa basta comunidad de personas que “buscan”, verbo que a la par de “desaparecer” cohesionan el texto, pero sobre todo permiten la interacción de los diferentes registros de escritura entre los cuales las voces de las personas encuentran un ritmo. San Fernando, Tamaulipas, espacio representado,

subraya en el nombre las singularidades de un contexto que tiene la huella de la violencia. Así, la realidad de los hechos se filtra a la realidad representada por medio de la palabra que de manera reiterativa afirma su vínculo con el horror, así como con la necesidad de provocar la reflexión, no la banalización. La fuerza referencial, por tanto, es ineludible, nótese la importancia del momento de publicación del texto (2012), apenas dos años después del secuestro y crimen de 72 migrantes, y un año después del hallazgo de fosas de las que fueron recuperados 196 cadáveres, principalmente viajeros migrantes.

Resulta imperativo que los y las jóvenes asuman un papel consciente y crítico que empiece por reconocer que uno de los retos más grandes que tienen frente a las pantallas de los teléfonos, las computadoras u otros aparatos electrónicos es la espectacularización que tiende a banalizar la violencia y la muerte. Sin embargo, tal como se ha mostrado con el ejemplo anterior, una de las cuestiones que está focalizando la literatura es la importancia de reconocer la identidad y la historia de las personas desaparecidas u objeto de violencias. En consecuencia, lo apremiante es la memoria que surge de lo anterior, pues tal como se indica reiteradamente en la propuesta de Uribe: “te pienso todos los días, porque a veces creo que si te olvido, un solo día bastará para que desvanezcas” (2012, p. 39). Tal desvanecimiento no sólo tiene implicaciones personales sino políticas, pues esos poderes emergentes que minan las condiciones de nuestro país, además de las limitaciones institucionales, tienen en el olvido o en el desconocimiento la mejor condición para seguir operando. No obstante, hoy, más que nunca en nuestro país, la literatura subraya su espíritu de acción, pero se requiere que, desde los hogares, las escuelas y los espacios más personales, las juventudes asuman que la Historia la hacemos todos y todas.

Referencias

- Rea Gómez, D. (Coord.). (2020). *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*. Grijalbo, Pie de Página.
- Rivera Garza, C. (2011). *Dolerse: Textos desde un país herido*. Sur.
- Uribe, S. (2012). *Antígona González*. El Quince y Sur.
- Uribe, S., & Gerber Bicecci, V. (2023). *Rosario Castellanos: Materia que arde*. Lumen.
- Valencia, S. (2016). *Capitalismo gore: Control económico, violencia y narcopoder*. Paidós.